

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Nº 9. 4 de agosto 1984

SUMARIO

Poesía última, por Amador Palacios (pág. I)
Las cenizas de la flor, por Angel Crespo (pág. II)
¿Mi libro preferido?, por Eduarda Moro (pág. II)
Los folletines de La Voz del Tajo (pág. III)
Dedicatoria a Nathanael Palacios Mayordomo (pág. IV)
Cómic, por Fernando Blázquez (pág. IV)

La mujer barbuda

Poesía última

Pronunciar una conferencia sobre poesía última es, con perdón del conferenciante, sólo dictar un moribundo borrador; última hoy y quién sabe si anciana y encumbrada o inexistente mañana. El interés, sin embargo, queda sobradamente salvado por su dinámica intrínseca y por lo aventurado de la apuesta —si acaso ésta tiene lugar—, o, al menos, por la fragilidad de su balance. Y si, para colmo, como es el caso, hay que hablar de poesía última española, la expectación y el "morbo" se redobla. No incurro en ninguna originalidad al afirmar que nuestra patria está afectada, de un modo cancerígeno, de una ya larga crisis literaria; pero, como toda excepción tiene su regla —si no, dejarían de tener sentido regla y excepción—, de ningún modo se ha visto atrapada por la enfermedad nuestra poesía; no sólo la de ahora, la última, la ultimísima o la relativamente reciente, sino toda la poesía española de cualquier tiempo y lugar.

En una conferencia como la que se oír a continuación de mis breves palabras, se tendrá que hablar, se deberá hablar de poesía en abstracto, de vagas consideraciones, de argumentos generalizados, por un lado, y de poetas concretos, de ejemplos significativos, por otro. Después, lo divertido, lo "poético", además de felicitar al conferenciante

y cambiar impresiones con los colegas y el público, antes de cenar, sorber unos granizados y concluir un broche erótico en la habitación de nuestro hermoso hotel, lo adecuado —repito— sería tomar el hipotético impreso quinielístico, trazar un resultado y graparlo al testamento ológrafo para que nuestros rutilantes tataranietos puedan dar un visto bueno, o un visto pésimo, a nuestra perspicacia de hoy. Hay tanta profusión de nombres y apellidos, tanta mafia periodística, tantas tribunas de mayor o menor tamaño, tanto papel impreso (legible o ilegible), tanta réplica y contrarréplica, que sería apabullante, y motivo sobrado para clausurar la stylográfica, que todo quedase para los diccionarios, enciclopedias, ensayos, antologías e informes venideros. ¿Quién, de estos poetas últimos, pasará a la letra mayúscula del justo futuro, como auténtico poeta mayor? ¿Quién quedará en una despreciable negrita? ¿Quién será referido sólo en una vergonzante cursiva? ¿Quién irá de cabeza a un muy sedante olvido? ¿Quién, de los ahora superlativamente olvidados, será superlativamente recordado? Acudamos al tópico, para dejar en el aire, aplazadas, y para no quebrarnos más los "cascos", nuestras presentes dudas: "no son todos los que están ni están todos los que son".



Este batiburrillo, lejos de ser un problema, constituye, muy al contrario, un suceso transitorio, justo y necesario, y, paradójicamente, clarificador, un material abundante para saber, a la postre, por dónde van los tiros. Pero afortunadamente, a estas alturas de siglo, de las vicisitudes de la nación y del propio ritmo de la

poesía, creo que los tiros no van para ningún lado y se dirigen a todos lados. Esto, que no es exclusivo de la poesía, discurre, paralelamente, en pos de los caminos de la moda. Si nos sentamos a la puerta de este recinto encantador y miramos la calle, veremos pasar, atendiendo a su indumentaria, seres diferen-

ciados, contrastados y hasta enfrentados; hay para todos los gustos: trajes —estilo tecnocracia franquista, minifaldas y maxifaldas, pelos tipo recluta, barbas pogres —todavía—, botas camperas —aun en verano—, botines rockeros, alpargatas campesinas, hechuras plisadas, chupas de cuero, camisas perfectamente planchadas, arrugas bellas, colores, subcolores, negación del color y estallido del mismo: en suma, muchísimas, clases de vestimentas que, debido a mi escaso conocimiento en la materia, no puedo nombrar con precisión porque no sé. Lo mismo, más o menos, pasa con la poesía última, dispersa y promiscua, ferozmente cambiante simplemente por motivos biológicos, pues sus hacedores —a causa de su edad— aún no tienen todo claro ni tampoco han sentado sus "geniales" cabezas.

En unos momentos transitorios, difíciles, en los que todo ciudadano está pendiente —con más o menos optimismo o pasotismo— de una gran amenaza (la nuclear, ¿cuál va a ser?), ¿cómo pueden comportarse los poetas y, en consecuencia, su poesía? : con libertad, una libertad ejercida más como reacción ante lo confuso, que como compromiso ante la felicidad y el futuro que —difícilmente— pueda tramarla. Cuando he leído a algún columnista que la poesía reciente está invadida por el culturalismo, la vuelta a lo pagano y la pureza, frunzo el rictus, guiño un ojo,

(Pasa a la página IV)



Las cenizas de la flor

Ángel Crespo

Los hititas

Hasta bien avanzado el siglo XIX, era bien poco lo que se sabía de los hititas (también llamados hetitas o heteos), y el más conocido de ellos era, sin duda, Urías, el marido de la bellísima Betsabé, a la que el rey David vio un día bañarse cuando se paseaba por la azotea de su palacio. Ya sabemos cuáles fueron las consecuencias del real capricho de poseerla: Urías, que demostró una dignidad ejemplar frente a los nuevos amantes, fue enviado al general Joab con una carta de David en la que se leía: "Poned a Urías en vanguardia, donde más recia sea la lucha, y retiraos de su espalda, para que sea herido y muera". Y así sucumbió a la vida, pero no a la memoria de los hombres, cuando asediaba la ciudad de Rabbá, Urías el hitita.

También se sabía que cuando murió su esposa Sara, Abraham se encontraba en Hebrón, que era tierra de hititas, y que uno de ellos, llamado Efrón, le vendió la caverna de Makpelá para que enterrase en ella a su difunta. ¿Quiénes eran estos hititas que admiraban al patriarca Abraham como a un hombre de Dios? Se ha tardado mucho, como ya sabemos, en averiguarlo, y el descubri-

miento de su civilización ha sido una de esas aventuras arqueológicas que valen por sí mismas un libro apasionante. No voy a contarla porque es demasiado larga y complicada para resumirla en pocas palabras, pero ¿cómo no recordar a Burckhardt, el explorador suizo que, disfrazado de árabe, descubrió y no supo reconocer el primer jeroglífico heteo, y al inglés Wright, que publicó en 1884 el primer libro —lleno de proféticos errores— sobre el misterioso pueblo?

Durante el siglo transcurrido desde entonces, los descubrimientos sorpresivos y deslumbrantes se han sucedido casi sin interrupción. Los hititas crearon el primer gran imperio de la historia y llegaron a dominar casi todas las tierras de la actual Turquía y buena parte de las sirias. Eran indoeuropeos y su lengua estaba emparentada con las célticas y las itálicas; una lengua en la que escribieron unas leyes que hicieron de su reino la primera monarquía constitucional de la historia, muy anterior a las demás, y cuyo símbolo —después insignia de tiranos— fue el águila bicéfala. Y sabemos también que su imperio fue fruto de más negociaciones que batallas.

En el siglo XVII A.C., los hititas fundaron, no lejos de la actual Ankara, su capital, a la que dieron el nombre de Hattusas y a la que rodearon de un imponente cinturón de murallas. Pero las obras de los hombres ceden ante las del destino, y estos dominadores de la antigüedad desaparecieron tan misteriosamente como habían aparecido, pues en el siglo XII A.C. su imperio sucumbió, no se sabe a manos de qué tribus bárbaras y sedientas de destrucción.

Los españoles, demasiado ocupados, hace un siglo, en la liquidación de nuestro imperio y, posteriormente, en la que parecía que iba a ser nuestra propia y general liquidación, no aportamos nada al conocimiento de aquel pueblo cuyos descendientes llegaron a ser vasallos del minúsculo pero destinado reino de Israel después de que sus reyes habían tratado de igual a igual a los poderosos faraones de Egipto. Lo uno y lo otro son efecto de las misteriosas fuerzas que dirigen a la historia y a las veleidades de la memoria de los hombres. Sólo hace unos años, en 1979, nuestra cultura ha aportado algo más que un grano de arena al conocimiento de los

hititas cuando la Editora Nacional publicó, los *Textos literarios hetitas*, traducidos y editados por Joaquín Bernabé.

Estos textos poéticos hablan de dioses que nos recuerdan a los griegos porque eran muy parecidos a los hombres. El principal de ellos era Tesub, el dios de la tempestad, al que los heteos representaban caminando sobre las montañas y cuyo carro era arrastrado por dos toros llamados Hurri y Seri. Pero había muchos más: Hebat, esposa suya y divinidad del sol; Kumarbi, quien, según el *Canto de Ullikummi*, "va tomando sabiduría en su mente y la va ensartando como a una cuenta de collar", y del que el anónimo poeta dice que "en sus pies, como zapatos, se calzó los raudos vientos"; y el propio Ullikummi, un monstruoso gigante de piedra basáltica que desequilibró el mundo con su peso hasta que fue destruido por Tesub... Y otros y otros, porque los hititas, como los griegos y los romanos, eran muy generosos en materia de religión.

No hace mucho tiempo que el erudito Jim Hicks publicó en los Estados Unidos un libro sobre los hititas, lleno de datos interesantes y profusamente ilustrado. Hojeándolo, he vivido aquella civilización a la que siento tan cercana a mí como la griega y la egipcia, y casi tanto como la romana; y no porque pueda

—que no puedo— saber de ella tanto como de las otras tres, sino porque en dicho libro hay unas fotografías de la Anatolia —tierra primero hetea y sucesivamente helénica y romana— que contrasta maravillosamente con mi cotidiano paisaje tropical: frente a la vegetación que no deja ver al mundo, un mundo en el que la vegetación es discreta alfombra de hierba o trigal dorado; frente a los plumeros pomposos del bambú y la masa monótona del mango y toda la demás frondosidad aguanosa, ese árbol que mueve la hoja ¡y algo se le antoja! de que habla nuestro poeta y que lo mismo puede ser un álamo que un olmo, un plátano que un castaño, una encina que un roble... árboles, sí, poéticos y antojadizos que leña para su frío a los fundadores, ya casi míticos, de nuestra alma...

¿Qué pensaría el erudito Hicks si supiera que lo que más me ha impresionado de su libro han sido unas fotografías incluidas en él con fines seguramente más comerciales que científicos? Si es un sabio, me comprendería y aprobaría; si no es más que un erudito, no me ofendería nada de lo que pudiese pensar de mi intuición poética —y, por lo tanto, probablemente verdadera— de los adoradores de Tesub y de los árboles a cuya sombra escribían sus mitos y sus himnos.

Re-lecturas

¿Mi libro preferido?

¿Mi libro preferido? Tengo dos divisiones en mis bibliotecas. Una de libros elegidos por mí. Otra de los que mandan.

En la biblioteca del dormitorio y junto a la mesa donde escribo, están los primeros. Los toco con cuidado y nunca los dejo a nadie. De ellos entresaco algo que se diferencia del resto de sus páginas y lo dejo conmigo.

Podría citar frases, versos que atrapó la memoria del sentimiento.

De los Clásicos quedó la cicatriz, el "poso", y aunque pase el tiempo, no dejan de estar en mí, en los que gustan de recordar.

De los contemporáneos, pienso lo mismo, unas páginas ya no se irán nunca de nosotros; otras, siendo igualmente buenas, vuelan alrededor de las anteriores. Viajan desde Platón. Del primero, como todo el mundo sabe, sus sonetos inigualables, me acompañan; del filósofo, sus diálogos...

No voy a dar nombres de autores. Sería amargo que sin proponérmelo omitiese alguno.

Admiro la poesía joven, hay



gente muy buena apuntando al éxito. Y por hablar de todo un poco, diré que hay algunos llamados "trepas" que se dan mucha maña para "subir" y autoelegirse hasta llegar a convencer de

sus óptimas cualidades a escuchadores ingenuos. Mas la sencillez, la sinceridad, el buen hacer afloran rápidamente. Las palabras rebuscadas, con diccionario en mano, al final son descubiertas.

Antes, en mi juventud, y según en qué cerebros de escayola provinciana, estaban mal vistas muchas cosas, y entre ellas que alguna madre de familia, desperdiciando el tiempo "hogareño" escribiese versos... Recuerdo una anécdota que ahora me hace sonreír amargamente. Un conocido explicaba, "fíjate si estará loca esta chiquilla que hasta escribe versos". Quién tuviese esos años y esta época al lado. A más de uno le hubiese dado un sonetazo en los riñones... Pero yo seguí con mis libros, mejores, o peores, con la necesidad inaplazable de decir, a mis queridos, que escribía versos.

¡Ay cuántos versos de poemas admirados connotaría ahora! Cuántas novelas. Pero ¿mi libro preferido? Creo que es el que aún no he publicado.

Eduarda MORO

De DISPARE

algunas humoradas pancartas

Futuras Madres
den a luz
por...
la derecha.

EL CORTE INGLES
EL PRIMER CORTE
DE...
ESPAÑA.

Señoras
no se "alesbian"
solas.

Peatón
aunque seas español
en carretera
circula por la...
...izquierda.

¡ESPAÑOLES!
Seamos Europeos
pero no...
Europedos.

Atención señoras:
a un Kilómetro
DESPEÑA - SUEGRAS.



Los folletines de **LA VOZ** del Tajo

Cuando Corpá se vuelve discursivo

Corpá (pseudónimo de Emilio Sánchez Vicente), extremeño de Mérida, es uno de los más prestigiosos poetas experimentales del momento actual español. Ha expuesto su obra en diversas ciudades españolas, ha publicado buena parte de sus composiciones y, como decíamos al principio, está metido de lleno en el movimiento de poesía visual en España y fuera de ella. Aunque se vuelva discursivo, como en esta ocasión, Corpá no deja de ser el alquimista a que nos tiene tan bien acostumbrados. Bueno es conocer los mil registros.

Una estrella
ahogada en una nube
de vez en cuando
una nube destrozada
se acerca a una estrella
las situaciones se repiten
31-3-84

Una nube
un erizo gris
se abre y aparece el rosa
rosa y ahora rojo fuerte
el ruido siempre de los automóviles
2-4-84

El cielo se viste de plata
y de encajes grises
son las nueve menos cinco
de un día de primavera
Azahara respira dormida
en un sillón
el reloj repiquetea como
un cantaor flamenco
unas voces de niños a lo lejos
las luces se encienden
la noche pronto dormirá
a la ciudad
plácidamente
2-4-84

Blancas y fijas se condensan
en lo alto de nuestra casa
como un cangrejo enorme de algodón
las nubes
2-4-84

Ya verás
es como una pena
en forma de lágrima
grande
como una ballena
con ojos muy pequeños
con zapatos de tacón
arrojada a un pozo
2-4-84

El cielo un
manto negro
un brillante arrugado de metro
las prisas en el cerebro
Abril-84

Fuego aire agua tierra
agua tierra fuego
aire
agua tierra
fuego
principio y fin
fuego agua
cuida tu mente y trabaja
el verbo se realiza mediante la ley
de la iniciación

corta una rama de sauce sin nudos
elimina su médula con una varilla de cobre
déjala secar
durante una lunación
fuego aire un árbol quemado
tierra agua el mar roto en pedazos
una hormiga camino a su agujero
principio luz cegadora
fin extenuos resplandores
un ahogo circular que desaparece
arrebatando los colores
como un obturador
un punto
de alfiler
el negro nada inflamado.
6-5-84.

Un toro
un caballo semental
un carnero
un macho cabrío
y un jabalí
sangre sobre una gran piedra
afroeuroasiáticos
muere y resucita periódicamente
muge el trueno
relincha la nube
bala el fuego
gruñe el árbol
su voz
una humareda densa
después del terremoto
cae la garza sobre el holocausto del profeta



(Viene de la página I)

hago un par de muecas más, y otras dos para mis adentros, y recelo. No se puede generalizar y coronar raquífticas vanguardias; claro que ese columnista tiene parte de la razón, como aquél también, que versa otra opinión totalmente encontrada. Manejando un estudio estadístico minucioso (que no se ha hecho ni creo que sirva para nada hacerlo), comprobaríamos que, hoy, los poetas son neo-románticos, unos; otros acuden efectivamente a ese paganismo aludido; los de más allá siguen siendo experimentales o visuales; los de acullá son epigramáticos; los de la acera de enfrente —entiéndase, sin maledicencia— quieren el clasicismo; los de esta acera, abogan por un nuevo postismo o surrealismo hispano; los de enmedio son simbolistas; algunos son jocosos y apuestan nada más que por el humo, y sigue habiendo cejjuntos en poesía, etc., etc., etc., Pero yo, y muchos otros como yo, soy romántico ahora; luego, culturista; mañana por la mañana me despierto garcilasista; en el aperitivo soy postista; durante la sobremesa hago un poema-objeto; en la merienda escribo, preferentemente en colaboración, un soneto insultante —componiendo al dictado de Quevedo—; y, cuando me fumo un porro, soy más gongorino que otra cosa.

Este breve exordio, que sin duda peca de atrabiliario, quizá

resuma o explique, anecdótica y prosaicamente, y muy por encima, la actitud del poeta y su poesía frente a su tiempo. Brevariarios nunca faltan, magistrales poéticas objetivas están en casi todas las mesillas de noche de casi todos los poetas; y maestros, naturalmente, hay que tener. Pero hoy el poeta se enfrenta a su papel sin salir precisamente de una larga tertulia de café, reposada y enardecida a un tiempo, sin salir sólo de unos cuantos problemas netamente domésticos y personales; sale de un asedio publicitario a otro asedio publicitario, de un titular sensacionalista a otro titular sensacionalista, de un establecimiento burocrático a otro, de un entorno terrible a otro elevado a la enésima potencia; y eso se pega y produce, como la fiebre, sus mecanismos de defensa.

Podría haber hablado, aun someramente, de los muy importantes jalones de la poesía de este siglo —el 98, el Modernismo, el 27, el Postismo, la Poesía Triunfal, el Realismo Social, etc.— hasta desembocar en las últimas tendencias —Novísimos, culturalistas, neoclásicos, últimos Adonais, etc., etc.—, motivo de este encuentro, pero comprendo que ustedes ya estén pidiendo, con silencio e impaciencia, la palabra de Miguel Ramos. Perdón y muchas gracias.

Amador PALACIOS



LA MUJER BARBUDA QUIERE FELICITAR...

... muy hondamente al niño Nathanael Palacios Mayordomo, que hoy cumple ni más ni menos que nueve años. Se habrá podido colegir fácilmente por los apellidos del infante, que sus padres están "hasta las barbas" en las barbas de *La Mujer Barbuda*. El niño en cuestión come muy bien, se porta bien, es estudioso, le gusta mucho el balón-pie y el balón-cesto y... en fin, aquí mostramos su belleza y lustre.

Desagravio aritmético a la mujer barbuda

Absorto el niño estipula la turgencia del pezón y acuñado en el rincón el caballero modula la indivisible unidad del fondo de la belleza. Ser — no ser: la verdad. Esplendor del desatino que embarbece femenino la hombruna naturaleza.

Jesús PINO

LA MUJER BARBUDA

Dirige:
José Antonio Casado
Coordina:
Damián Villegas y Amador Palacios
Diseño de Cabecera:
Aula de Publicidad de la Escuela de Artes de Toledo
Correspondencia: Redacción de Toledo de La Voz del Tajo, Barrio Rey, 9

